LA VANGUARDIA
BARCELONA

06/12/10

Prensa: Diaria
Tirada: 234.788 Ejemplares
Difusión: 200.291 Ejemplares

Sección: OPINIÓN Valor: 6.974,00 € Área (cm2): 415,6 Ocupación: 42,06 % Documento: 1/1 Cód: 43002442

José Luis Álvarez

¿Qué aporta Gallardón al PP?

Por vez primera en su carrera, Gallardón está en dificultades serias. La crisis fiscal de Madrid le puede acabar afectando en sus aspiraciones nacionales, aunque no tanto por los electores como por sus compañeros de partido. Es por ello oportuno reflexionar sobre este operador político tan interesante como esquivo. Elitista, tímido y frío, Gallardón tiene el mérito de dominar sus territorios sin populismo. Es el dirigente del PP con retórica más sofisticada. En una reciente entrevista respondió a las mismas cuestiones que Rajoy una semana antes, en el mismo medio, y mientras Rajoy cayó en todos los peligros, Gallardón salió airoso. Le impartió a su superior una lección.

Y ambicioso. Todavía no lo puede confesar, pero cuando alguien afirma, como él en la entrevista referida, que su objetivo es, literalmente, la transformación de la realidad y que la presidencia del Gobierno es la mejor plataforma para ello, es que desea, con pasión, ser presidente. Que Gallardón diga que quiere transformar la realidad –¡qué afirmación tan marxista!– es tan peculiar que merece explicación. Una posibilidad es que sea un guiño a la izquierda, aunque el soterramiento de la M-30 es una intervención más burguesa que marxista: hace cómoda la realidad, no la cambia. Otra probabilidad es que sea un desdén, quizás involuntario, a Rajoy, perezoso ante cualquier reforma sustancial. Otra hipótesis es un atrevimiento cínico, una broma dirigida a sí mismo, asumiendo que nadie se enteraría, diciendo abiertamente lo que el Tancredi de Lampedusa sólo comentaba a su tío Fabrizio: que todo ha de cambiar para que todo permanezca. La respuesta más probable al porqué de tal afirmación es... todas las anteriores.

Porque Gallardón domina, disfruta y le importan las formas, cierta galantería y superioridad retórica –algo *passé*– y desprecia el populismo de algunos compañeros de partido. Gallardón se ve a sí mismo como un regeneracionista, un conservador que no es de derechas (donde el único transformador ha sido Aznar), un espécimen distinto en estilo de la clase política general y de su partido en particular. Se define por una negación, no ser como los suyos, y por un interrogante: ¿es de los suyos? Lo específico de Gallardón es ser un individualista, un operador de fronteras, trabajar en territorios grises, un triangulador. Por solitario, está siempre en riesgo. Y por ello con la falta de claridad, retórica y desconfianza como estilo propias de un superviviente, de alguien que para buena parte del PP –no para Rajoy, ya que Gallardón es su tapado, si le dejan– es sólo un último recurso en caso de desastre.

Como cuerpo extraño en la derecha ha sido preservado por la izquierda, enviando contra él candidaturas improbables, y tratándolo como el adversario ideal (algo así como aquel ante el cual da menos amargura perder), para poder resaltar, por contraste, el estilo de la mayoría de la derecha.

Con esta persona política y esta tesitura, ¿cuál es su posible aportación al PP? Para estimarla hay que recordar un supuesto esencial de la contienda derecha-izquierda: como reconocía el republicano Abe Lincoln, los conservadores siempre son menos. Las sociedades siguen siendo injustas y a priori hay menos ciudadanos interesados en la preservación del statu quo que en su cambio (Fraga se equivocaba con lo de la mayoría natural). Para compensar esta dificultad, la derecha ha perfeccionado dos tácticas: la desmovilización de la izquierda (la especialidad de Rajoy-Arriola) y la movilización total propia (la escuela de Aznar).

> Gallardón teje un discurso español con menos aristas anticatalanas, complicado de enfrentar para CiU

Gallardón puede ayudar al PP en la primera de estas dos tácticas. Por ejemplo, con su reputación y capacidad dialéctica, afinando el discurso sobre inmigración e interculturalidad, temas en que si no incurre en excesos el PP lleva las de ganar. Puede intentar paliar el desastre, inmenso, de la derecha en cuestiones de género. Puede contribuir a desarrollar un discurso español con menos aristas anticatalanas, por ello muy complicado de enfrentar para CiU. Gallardón asegura por tanto una de las tácticas posibles del PP –desmovilizar a la izquierda– pero corre el riesgo, por la enorme distancia vital y política entre él y sus votantes, de no movilizarlos salvo en el caso que Zapatero –tan enervante para ellos– siga siendo el adversario.

El segundo supuesto básico de la política –ante el que la izquierda no tendrá antídoto hasta que entienda que para ella, todavía más que para la derecha, hacer política es hacer más que táctica electoral en periodo oficial de campaña– es que a los conservadores no les hacen falta periodos largos en el poder, ni siquiera gobernar, para que el statu quo, siempre resistente, se preserve. Esta ventaja compensa su minoría numérica natural. Desde Thatcher, la derecha ha descubierto lo que la Iglesia católica practica: que lo más eficaz es sostener, siempre, el programa más radical, para aprovechar al máximo los periodos en el poder o entorpecer al extremo cuando se está en la oposición (lo que Obama está sufriendo).

De las dos tácticas mencionadas, es la movilización de sus votantes la más esencial y natural al PP, y la única en que depende de sí mismo. La otra, la desmovilización de la izquierda, depende últimamente del margen que esta permita. Dicho de otra forma, lo que aporta Gallardón, como Rajoy, al PP es lo que puede ser más fácilmente contrarrestado por un nuevo liderazgo del PSOE.●

J.L. ÁLVAREZ, *doctor en Sociología por la Universidad de Harvard y profesor de Esade*